

para llevar toda la gente y tuve que esperarme unos días en el puerto. El empleado respectivo dijo al capitán:

—¿Por cuanto trasporta vd. de aquí á Mazatlan 150 licenciados?

El capitán del buque preguntó á su vez con asombro:

—¿Qué van á hacer á Mazatlan tantos abogados?

Se le esplicó que era tropa que habia cumplido su tiempo é iba á licenciarse.

Llegó el día en que debimos hacernos á la vela. Todos los empleados del puerto fueron á acompañarme hasta mas allá de la bocana. Allí nos abrazamos, bajaron á sus botes y desde léjos siguieron diciéndome ¡adios! con sus pañuelos.

Cuando los perdí completamente de vista, me dejé caer en un asiento abatido por la mas profunda melancolía. Me pareció que salia expatriado y evoqué cuantos recuerdos dulces y amargos me traian los años de mi infancia y de mi juventud pasados en la tierra natal.

—¡Que diablos! me dijo el capitán dándome una palmada en el hombro, á bordo de mi pailebot "El Pacifico" no se permite á nadie entristecerse.

CAPITULO XXXIII.

EN SINALOA.

Al empeño que demostraba el capitán del buque por verme alegre, yo le contesté con las siguientes palabras:

—Capitán, le dije, abandono no sé por cuanto tiempo á mi tierra natal, Guadalajara, que fué la cuna de mi niñez, que fué donde se mecieron mis ilusiones más gratas, donde nacieron mis esperanzas más consoladoras y fueron también muriendo al soplo de los desengaños..... ¡y quiere Vd. que no me entristezca!

—Dice Vd. que ha sufrido allí?

—Es natural.

—¿Y siente venirse de Guadalajara!

—Pero es mi tierra que he amado tanto.... ¡y que amo tanto todavía!

—¡Bah! dijo el capitán encojiéndose de hombros, y se fué á mandar la maniobra.

Seguimos navegando sin más incidente que el fastidio que causa un buque de vela, sujeto al capricho de los vientos.

La navegacion es de por sí monótona y triste, y más lo era para mí en aquellos momentos, cuando al fin de ella no podia descubrir sino un porvenir lleno de sombras. Entónces me acusaba de haber abandonado lo conocido por lo desconocido.

En Guadalajara habia sufrido la persecucion por haber dado allí los primeros pasos en la espinosa senda de la política; en Guadalajara habia comido el pan de la desgracia; allí habia recurrido para mantenerme al trabajo de mi pluma, que ántes era ocupacion de placer, convirtiéndolo en un trabajo tenaz y erizado de peligros. en un trabajo en que pasaba las noches en vela, discurriendo chistes para entretener á mis lectores y los dias en buscar recursos para evitar los golpes de los enemigos, que estaba haciéndome sin ninguna necesidad. . . . En Guadalajara era en donde debia tener la recompensa de mis hazañas. . . . y tambien de mis sufrimientos: á lo ménos, la vida tranquila y desahogada que comenzaban á disfrutar ya los que no habian expuesto ni un cabello durante las luchas de la patria, que defendia su independenciam.

Despues de esas consideraciones me formaba estas otras:

—¿Qué iba á hacer yo á Sinaloa? ¿Qué simpatías podia encontrar en una tierra desconocida? ¿No me mirarian los políticos de allí como un advenedizo? El

mismo Gobernador ¿dejaria de sentir la humillacion de que se le nombrara sin más ni más un secretario, esto es, la persona en quien iba á tener que depositar su mayor confianza?

Todo lo que llevaba en mi favor, fuera de las buenas recomendaciones de Corona, eran las inmejorables noticias de la guerra: Miramon habia sido derrotado en el interior; las plazas de Colima, Zamora, San Luis Potosí, Puebla y quien sabe cuantas otras, habian caido en poder de las fuerzas republicanas. El imperio estaba ya reducido á unas cuantas ciudades adictas y á la defensa que pudiera hacer con veinte mil hombres que le quedaban repartidos en diversas plazas. En cambio, nuestros ejércitos avanzaban llenos de fé, y probabemense reunirian sobre la capital como unos cuarenta mil soldados, que eran más que suficientes para que D. Benito Juarez tuviera la gloria de aniquilar al Imperio, y matar con él para siempre la idea monárquica en México.

Pero no me tranquilizaba mucho esto respecto de la impresion que mi presencia produciria en los ánimos de los políticos y de los ambiciosos, si acaso los habia, en el lugar de mi confinamiento.

¡Acaso iba á matar algunas ilusiones y esperanzas que hubieran nacido ó despertado respecto al puesto que iba yo á desempeñar casi con repugnancia!

Sea como fuere, el paso estaba dado, habia caído en el lazo si hubo intencion deliberada al tendérmelo, y ya no habia medio de retroceder.

Al noveno dia de navegacion me encontraba escri-

biendo en la cámara del capitán, cuando éste vino á avisarme que estábamos á la vista de Mazatlan.

—Cuando se vea bien el puerto, le contesté, tenga Vd. la bondad de hablarme.

Me habló, en efecto, y salí sobre cubierta: poniéndome entónces la mano sobre los ojos para cubrir la vislumbre de los rayos del sol, pude pasear una mirada llena de ávido interes por aquella hermosa población, que en estos últimos tiempos ha venido á ser tan desgraciada. Las elevadas palmas aquí y allá, se veían sobresalir pintorescamente de las casas pintadas todas de diversos y alegres colores. Un poco más léjos estaban divisándose el Cuartel Colorado y la Casa Mata: me pareció que era risueño el panorama, y en efecto, la vista de Mazatlan desde el mar es deliciosa, semejando más bien que una ciudad, un artístico monumento.

Todavía no entrábamos á la bahía cuando divisamos un bote que traía enarbolada la bandera tricolor: venia á nuestro encuentro, trayendo á bordo á los empleados de la Aduana, que se apresuraban á hacer la visita con el interes de saber las noticias que trajéramos sobre la guerra, que todavía muy encarnizada seguia en varios Estados de la República.

Un señor Carrasco, que á la primera ojeada me pareció de mala catadura, fué el primero que saltó á bordo de nuestro buque.

En pocas palabras le referí todas las nuevas de la guerra que traíamos, y le hice presente que era portador de pliegos y de instrucciones del general Corona para el gobernador D. Domingo Rubí, lo mismo

que para el administrador de la Aduana, Don Francisco Sepúlveda.

Fueron de tal modo mágicas mis palabras para el circunspecto Sr. Carrasco, que no pudo ménos de darme un abrazo, y, convertido de áspero que estaba en viva miel, ofreció llevarme él mismo á la presencia de aquellos personajes. Tomó á su cargo mis maletas, dictó sus disposiciones para que desembarcara la fuerza que venia á mi cargo, llevándome á bordo de su falúa hasta el muelle, en donde saltando á tierra me encontré de improviso pisando las abrasadoras arenas de Mazatlan.

El Sr. Carrasco cumpliendo su promesa me llevó á la presencia del gobernador D. Domingo Rubí. Se encontraba este en una pieza de la casa de gobierno, que le servia al mismo tiempo de despacho y de habitación, rodeado de varias personas con quienes conversaba tranquilamente: á un lado y sentado en su misma cama etaba un sirviente enterándose con gusto de lo que se decia. Los objetos, entre los cuales abundaban mas las espadas, las pistolas, las banderas, las carabinas, cornetas y demas útiles de guerra, aparecian esparcidos aquí y allí: semejábase aquello mas que á un gobierno establecido á una tienda de campaña.

No pude comprender si el Sr. Rubi me habia recibido bien ó mal, porque no habló sino para saludarme y decirme adios.

Le presenté los pliegos de que era portador, entre los que venia una orden terminante de Corona en que le prevenia que tan luego como me presentara tuvie-

ra á bien expedirme el nombramiento de secretario de gobierno, manifestándole que iba además investido de algunos pequeños poderes en guerra y en hacienda de que llevaba instrucciones separadas.

Leyó los papeles ó hizo que los leía, sin que se manifestara en su semblante ninguna alteración, como yo esperaba que sucediera. Mientras leía estuve observándole con estupor, pues no encontré por desdicha mía en sus facciones el más insignificante destello de inteligencia. Digo para desdicha mía, porque yo comenzaba á vivir y estaba más deseoso de aprender que de enseñar.

Pasó los papeles á un hombre flaco de ojos saltados, con escaso pelo rubio alzado sobre la cabeza, que parecía acababa de untárselo con algún pegamento, el cual supe allí mismo que se llamaba D. Francisco Azcárate y tenía el cargo de secretario particular.

Después entregué las demás comunicaciones que no tenían nada que ver conmigo, lo mismo que varios paquetes de impresos que repartió el gobernador entre los circunstantes: cuando ya no había nada que leer referí sucintamente cuanto había sabido después respecto á victorias y movimientos de las fuerzas republicanas, levantándome en seguida para significar que deseaba retirarme.

El general Rubi dirigió una mirada á su secretario particular como preguntándole lo que debía hacerse y entonces Azcárate me dijo:

—Como mañana es día festivo, puede Vd. tomarse de descanso esta tarde y mañana, volviendo el lunes á recibirse de la secretaría.

Contesté que así lo haría, indicando cual era la casa en que iba á tomar alojamiento, con el fin de que me fuera mandado allí mi despacho para poder presentarme en la casa de gobierno con carácter oficial.

Rubi volvió á mirar á Azcárate y este añadió estrechándome la mano:

—El señor gobernador mandará á Vd. dentro de media hora su respectivo nombramiento.

El Sr. Carrasco siguió acompañándome y me condujo luego á la Aduana Marítima, en donde debería encontrar á D. Francisco Sepúlveda, que era por entonces allí el más prominente personaje. Desde luego noté que este se daba mucha más importancia que el gobernador, pues que algún trabajo costó al Sr. Carrasco poder anunciarme.

Comenzaba á decirle el objeto de mi visita cuando designándome una silla con énfasis, me dijo con cierta presopopeya:

—Tenga Vd. á bien aguardarme.

Se dedicó entonces con estudiada parsimonia á firmar en mi presencia algunos documentos y á tratar algunos negocios, tal vez para hacerme entender que era laborioso é inteligente, ó quizás para darme una muestra de superioridad.

Por este personaje inverosímil sentí desde luego una de esas repulsiones de primera vista que son bautizadas con el nombre de la más profunda antipatía, caso que no se ha repetido con otras individualidades sino dos veces en toda mi vida. No solo me chocaron sus maneras, que no pude calificar de cultas, no solo

me chocó aquella gravísima falta de educación metida con una persona que representaba en aquel momento á un jefe de los mas caracterizados, sino que me chocaron tambien su presuncion, su ignorancia, su falta de mundo y su fisonomía. En esta última encontré lo siguiente: ojos encontrados, frente chata, boca grande, dientes negros, barba escasa y salteada y piel llena de costrerones. ¡Diga el lector ahora si podia simpatizarme semejante catadura!

Concluyó sus trabajos y sin disculparse por el tiempo que me habia hecho aguardar, se dirigió á mí, le entregué las cartas, las leyó por dos ó tres veces arrugando el ceño y luego me dirigió dos ó tres sonrisas acompañadas de los mas forzados cumplimientos. Aludía á mis escritos que le eran conocidos y á mi periódico el *Payaso* que hubo un tiempo en que se pagaba por aquellos rumbos á muy alto precio por las dificultades que habia para conseguir un ejemplar.

Esto no fué bastante á desvanecer la primera mala impresion que yo habia recibido.

Nos separamos ofreciéndonos ambos que seguiríamos viéndonos, puesto que nos ligaba un vínculo común que era nuestra amistad con el general Corona.

Tomé posesion del empleo el lunes siguiente, y como ya se supondrán los lectores, encontré aquel gobierno mas desgobernado que lo que es creible: era mi antecesor el Lic. Rafael Villegas que tenia la costumbre de pasarse hasta 15 dias en disipaciones y como el gobernador en ese particular no se quedaba atras, los negocios, ó estaban paralizados hasta por meses, ó iban

tan á prisa que se despachaban sin discernimiento. Comunicaciones me encontré que habian sido firmadas cuatro veces por ambos funcionarios. . . .

En fin, emplee en los primeros dias todos mis esfuerzos para enderezar aquello, tropezando primero, con la rudeza de Rubi, y despues, con la mala fé de sus consejeros. . . .

Pero todo eso pertenece á la segunda parte de estas memorias. Por hoy va á concluir la primera en el siguiente capítulo que llega tambien al término de la guerra de intervencion en el cerro de las Campanas.